

Lonko Kilapán en «La parte de Amalfitano» de 2666

Hans Frex

Resumen: La fascinación de Amalfitano por Kilapán radica en la operación que conjuga lo mítico con lo histórico en el plano del lenguaje, enlazando tres genocidios: el mapuche, el de la dictadura militar chilena y el femigenocidio en Santa Teresa. Al hacer de la máscara y la traición un elemento retórico central de su obra, Kilapán no sería sólo un autor al servicio del poder, que postula la ascendencia aria de los mapuches, sino también el autor canónico de la post-dictadura.

Descriptores: Bolaño – Kilapán – nombre – raza – telepatía – canon

Abstract: Amalfitano's fascination for Kilapán relies on the operation which he combines the mythic with the historical on the level of language, linking three genocides: the Mapuche, that of the Chilean dictatorship and the genofemicide in Santa Teresa. By making the mask and betrayal a central rhetorical element of his work, Kilapán would be not just an author at the service of power that asserts the Aryan ascendancy of the Mapuche people, but the canonical author of the post-dictatorship.

Key concepts: Bolaño – Kilapán – name – race– telepathia – canon

Siendo «La parte de Amalfitano» la más breve de 2666, es sin lugar a dudas una de las más problemáticas. En parte ello se debe a que la crítica (Saucedo, 2015; Rodríguez, 2015; Salas, 2016) la ha leído en términos psicológicos, a partir de la locura de su personaje principal, cuya vida se encuentra fracturada por el exilio y el desarraigo, sin atender al hecho que su enajenación es también la consecuencia de una denodada lucidez respecto al violento entorno social que lo rodea. Una excepción, aun cuando omite todo aspecto social de esta parte de la novela, es Zavala, quien ha interpretado la instalación del libro de Dieste en el tendedero como un experimento en que lo simbólico es expuesto ante la esencia de la realidad (2015, p. 166), y la otra es Olivier, quien sí atiende al aspecto político en que está inmerso el personaje (2015, p. 103). En la antípoda de estas lúcidas lecturas se encuentra Saucedo, para quien el personaje está

malogrado, siendo esta la parte más débil de la novela, y si se retirara del conjunto, esta no se resentiría (2015, p. 147).

Por el contrario, considero que uno de los momentos más fascinantes de 2666 corresponde la lectura que realiza Amalfitano de Lonko Kilapán, quien recrea la misteriosa publicación de *O'Higgins es araucano* por la Editorial Universitaria. Su tesis de que los mapuches eran una colonia espartana con sangre aria y facultades telepáticas hacen de Kilapán un autor fascista, completamente periférico al canon nacional, que parece salido de *La literatura nazi en América*. Por eso Salas, apenas menciona el libro, advierte que «es *real* y no ficticio» (2016, p. 154, cursiva del autor). Los libros de Kilapán, que se limitaron a ser reseñados brevemente en un par de medios de prensa regionales, hoy difícilmente se encuentran en el mercado y de estarlo sus precios superan al de las primeras ediciones de escritores como Neruda, Parra o Lihn, haciendo de él un autor de culto que, en caso de no haber aparecido en uno de los libros de Bolaño, quizá no tendría hoy la misma demanda.

Tras Kilapán se encuentra César Navarrete, un profesor de liceo que toma el nombre del último cacique mapuche que organizó la resistencia ante la invasión dirigida por el Estado chileno. Esta apropiación del nombre oculta el genocidio del que fue víctima el pueblo nación mapuche, el cual se habría incorporado a la vida nacional mediante un proceso de mestizaje racial con los criollos chilenos. La publicación del libro *O'Higgins es araucano*, en el bicentenario de su nacimiento, tendría así una función ideológica al justificar la dictadura militar desde un concepto biológico de raza, cuyo carácter guerrero sería inmanente a la historia del Estado nación que fundó el mismo O'Higgins. Esta operación estética sería la mascarada de una ideología fascista que permitió la justificación de un nuevo genocidio durante la dictadura de Pinochet, basado no ya en la categoría de raza, sino en la de enemigo interno. Para Bolaño sería la continuidad de la política económica de la dictadura, que hicieron los gobiernos de la Concertación, aquello que le permite postular a Kilapán como el autor canónico de este período histórico.

La ficción fundacional de Lonko Kilapán: Legitimidad paterna y simulacro de violación

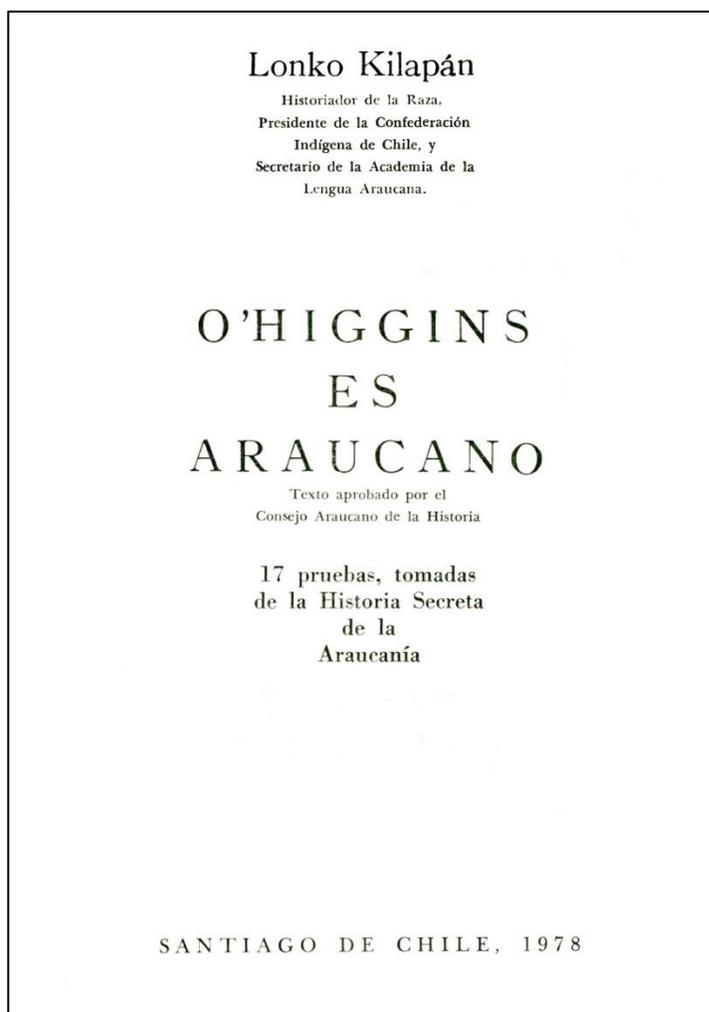
Es posible dividir «La parte de Amalfitano» en tres secciones. La primera narra el viaje que realiza Lola para visitar al poeta loco de Mondragón —referencia al poeta Leopoldo María Panero— por medio de las cartas que le envía a Amalfitano, relato que es intercalado con su instalación en Santa Teresa (Bolaño, 2016, pp. 225-265). La segunda comenzaría con el descubrimiento del libro de Dieste, que pone en tela de juicio las facultades mentales del profesor chileno, dando inicio a la locura que sufre y que se materializa en las figuras geométricas que dibuja y luego en la voz con la que conversa (pp. 265-296). La última sección consiste en un extenso análisis intertextual que realiza el profesor de la obra de Lonko Kilapán *O'Higgins es araucano*, obra que permite vincular irónicamente la locura que padece con la telepatía mapuche (pp. 296-312). Así, la locura que comienza con el poeta homosexual, recorre la diégesis por medio de Rosa y termina en Amalfitano.

En la segunda sección, la locura de Amalfitano se inicia cuando encuentra la obra *Testamento geométrico* de Rafael Dieste entre sus libros, ignorando la procedencia del mismo. Para deshacerse de él, lo cuelga en el tendedero (acción que dialoga con el *ready-made malheureux* que hizo Duchamp como regalo de bodas para su hermana), avergonzando a Rosa y conmocionando a los críticos cuando lo ven. Paralelamente, la paranoia se apodera del personaje, que en el contexto de los feminicidios ocurridos en la ciudad y de los que se entera por la prensa, se siente perseguido, temiendo por la vida de Rosa. La ofuscación y la paranoia inciden en que se desate su locura. Pensando en la voz que se presenta como su padre es que Amalfitano recuerda un libro que le envió un viejo amigo, «humorista de ley», cuando vivía en Europa. El libro es *O'Higgins es araucano. 17 pruebas, tomadas de la Historia Secreta de la Araucanía* de Lonko Kilapán, el cual Amalfitano hojea y Bolaño describe a partir del paratexto:

El tal Kilapán se presentaba a sí mismo con las siguientes credenciales: Historiador de la Raza, Presidente de la Confederación Indígena de Chile y Secretario de la Academia de la Lengua Araucana. El libro se llamaba *O'Higgins es araucano*, y se subtitulaba *17 pruebas, tomadas de la Historia Secreta de la Araucanía*. Entre el título y el subtítulo estaba la siguiente frase: «Texto aprobado por el Consejo Araucano de la Historia» (2016, p. 296).

La descripción que hace Bolaño está tomada de la página de portada de la obra de Kilapán (1978, p. 5) (figura 1), de lo que se sigue que tuvo el libro en su poder al momento de escribir esta sección de la novela. A continuación, Amalfitano lee el prólogo de la obra, el cual viene firmado por José R. Pichiñual, cacique de Puerto Saavedra (Kilapán, 1978, p. 9), el cual es transcrito íntegramente por Bolaño (2016, pp. 296-297). En él, el cacique de Puerto Saavedra establece que O'Higgins no era un hijo ilegítimo del que hablan los historiadores con complacencia, sino que «era el hijo legítimo del Gobernador de Chile y Virrey del Perú, Ambrosio O'Higgins, irlandés y de una mujer araucana, perteneciente a una de las principales tribus de la Araucanía» (1978, p. 9). El cacique añade que el matrimonio fue consumado bajo la ley del Admapu, con el ritual del gapitun, que es una ceremonia de raptó. Además de cierto reparo en el vocabulario, Amalfitano se detiene en dos aspectos: la bastardía de O'Higgins y la ceremonia del raptó, para quien la condescendencia de los historiadores al tratar la condición bastarda del héroe patrio representa la historia de Chile puertas adentro, su secreto íntimo. El casorio llevado a cabo según el rito tradicional del gapitun «le parecía una broma macabra que sólo (sic) remitía a un abuso, a una violación, a una burla extra usada por el gordezuelo Ambrosio para cogerse tranquilo a la india» (2016, pp. 297-288). La primera lectura que hizo el personaje «muriéndose de la risa», ahora le produce además de risa, melancolía.

Lo singular de esta reivindicación de su legitimidad paterna, es que se complementa con el matrimonio mapuche que realiza la pareja, según las tradiciones de la madre, donde representan una violación. La legitimidad paterna, daría pie a una violación simulada. Según Coppola Palacios, este recurso permitiría inscribir el libro dentro de lo que ella llama «la situación literaria de la memoria» (2010, p. 78) por medio de la ficción familiar en la línea en que Doris Sommer (2007) propone a la novela latinoamericana como un artefacto ideológico fundamental en el modelamiento del Estado nación durante los siglos XIX y XX. Ahora bien, resulta peculiar el juego de velos y artificios que tiende Kilapán en su libro pues, según él, al enterarse don Ambrosio O'Higgins que doña Isabel Riquelme tenía ascendencia mapuche, hizo la vista gorda aduciendo que él tampoco era español, sino irlandés (1978, p. 17), situación pintoresca si se considera que ella pertenecía a la oligarquía chillaneja.



*Figura 1. O'Higgins es araucano, página de portada.
Editorial Universitaria 1978.*

Estos aspectos del prólogo del supuesto José R. Pichiñual al libro de Kilapán pueden ser relacionados con dos hechos de la novela de Bolaño: por una parte está la paternidad de Oscar Amalfitano, que cría a Rosa en ausencia de su madre, siendo la contracara del padre ausente, figura medular de la cultura chilena (Salazar, 2006) y que a su vez encarnó Ambrosio O'Higgins, quien al no haber estado casado con Isabel Riquelme, negó el reconocimiento legal a su hijo. Por otra parte, está el simulacro de violación dentro del que habría sido concebido el padre de la patria, paradoja naíf que remite al genocidio de mujeres de Santa Teresa y se conecta también a la genealogía de Lalo Cura, cuyo linaje proviene exclusivamente de violaciones. El simulacro de la violación, por último, se complementa con el simulacro de legitimidad paterna,

pues Ambrosio O'Higgins tampoco era español, creando un juego refractario entre legitimidad y violencia que se encontraría en la base de su ficción fundacional del Estado.

Lonko Kilapán. El autor y el nombre

Hay dos formas en que Bolaño recurre a otros autores en sus ficciones. A los escritores reales, los glosa y los cita si viene el caso, e incluso llega a realizar profusos análisis intertextuales, que en el caso del *Testamento geométrico* de Dieste se basa exclusivamente en el paratexto del libro. A los autores ficticios, por el contrario, nunca los cita. Puede hablar extensamente sobre sus biografías, las condiciones en que sus obras fueron escritas, su recepción en lectores y críticos, pero todo el contenido de ellas queda substraído elípticamente. Alan Pauls, refiriéndose a Ulises Lima y Arturo Belano, dice que Bolaño «hace brillar la Obra por su ausencia» (2008, p. 347); fórmula que también puede ser extendida a Benno von Archimboldi, personaje central de *2666*. Lo que haría Bolaño sería presentar estas obras ficticias por medio de una metarrepresentación, que es «la representación de un texto o de un trabajo de arte dentro de otro» (Andrews, 2018, p. 84), y que se limita, en el caso de Archimboldi, a una breve reseña de sus libros.

Bioy Casares cuenta la anécdota de un conocido suyo que luego de leer «El acercamiento a Almotásim» de Borges fue a una librería a preguntar por *The approach to Al-Mútasim*, libro ficticio en que se basaba el cuento de Borges, presentándose bajo la forma de una reseña literaria (Cfr. Fernández Ferrer, 2009, p. 42). Bolaño hace parecer a Lonko Kilapán como un personaje de ficción, típico de su universo literario, invirtiendo el procedimiento de Borges de inventar autores cuyos libros reseña. La eficacia de la estrategia de Bolaño, en el caso específico del Lonko Kilapán, reside en darle apariencia de metarrepresentación a un análisis intertextual, el que es enriquecido con inducciones sobre las condiciones de producción del libro que Bolaño realiza a partir de su paratexto. Ahora bien, esta apariencia de ficcionalización germina en condiciones específicas que vienen dadas por el autor en cuestión, cuyo nombre es tan estrafalario como las teorías que promueve sumado a la absoluta marginalidad de su obra en el circuito literario chileno, que paradójicamente fue publicada por una de las editoriales más connotadas del país.

César Navarrete Barriga nació en Huaraculén, en la provincia de Linares en 1909 (Rafide, 1984, p. 261) y falleció en enero de 2003. Fue profesor de artes e inspector en el Liceo Abate Molina de Linares. Una vez jubilado se trasladó a vivir a Santiago, cuya casa, según señala Álvaro Bisama (2013), era un pequeño museo. Estos son los únicos datos biográficos disponibles y contrastables del escritor maulino. La lacónica obra de Navarrete consta de un poemario titulado *Grito en el bosque*, publicado por la imprenta Mejía de Talca en 1937 y cuatro libros de ensayo: *El origen griego de los araucanos* publicado en 1974, *O'Higgins es araucano* en 1978, el *Sistema numeral araucano* en 1987 y *El origen araucano de la cueca* en 1996. Los tres primeros fueron impresos por los Talleres de la prestigiosa Editorial Universitaria, casa editora dependiente de la Universidad de Chile, y el último fue publicado de manera independiente. Sus tres libros publicados por la Editorial Universitaria (1974, 1978 y 1987) coinciden con el período de la dictadura militar (1973-1990).

En algún momento de su vida César Navarrete cambió su nombre por Lonko Kilapán en el Registro Civil. Lonko Kilapán proviene de José Santos Kilapán, el último cacique que organizó la resistencia ante la guerra de frontera que dirigió el Estado chileno para apropiarse del territorio mapuche. José Santos fue uno de los hijos de Mañilwenu, quien al morir en 1860 lo dejó como legítimo heredero del mando.

El arribo de Orélie Antoine de Tounens a Valparaíso en 1858, con la finalidad de fundar un protectorado galo en territorio mapuche, fue bien recibido por sus jefes, que el 17 de noviembre de 1860 lo proclamaron rey de la Araucanía, de quien José Santos pasó a ser su Ministro de Guerra. Este pronunciamiento seguramente precipitó el plan de invasión diseñado por Cornelio Saavedra ante el temor de las autoridades por la intromisión francesa en el territorio fronterizo en disputa. Un antecedente de este temor fue la segunda invasión francesa a México, ocurrida por las mismas fechas, entre finales de 1861 y 1867, luego que el presidente Benito Juárez desconociera la deuda externa, guerra sobre la cual ficcionaliza Bolaño en la novela póstuma *Los sinsabores del verdadero policía* (2018, pp. 177-181). El adelanto de la frontera llevado a cabo por Saavedra en 1860 fue un antecedente de la guerra de ocupación del territorio ocurrida entre 1867 y 1881 sobre la base del genocidio de la población y la destrucción de su sistema económico (Bengoa, 2008, p. 151). Kilapán, que falleció en 1875, en el pseudónimo de

Navarrete, connotaría el proceso de usurpación que llevó a cabo el Estado chileno, pero a su vez, esta usurpación daría pie a una nueva apropiación que hace Navarrete de su nombre.

Distintos personajes cambian sus nombres en 2666 con la finalidad de encubrir su identidad. Luz María Rivera, que trabajaba para el narco, se cambió su nombre a Kelly. Según su amiga, la diputada del PRI Azucena Esquivel Plaza: «Hay gente que cree que el nombre es el destino. Yo no creo que sea verdad» (2016, p. 820). Idéntica función cumple el pseudónimo de Hans Reiter, quien es perseguido por las autoridades aliadas tras haber asesinado al criminal de guerra Sammer, quien cambió su nombre a su vez por Zeller. Sin estar nunca muy consciente de la razón, Reiter cambia su nombre a Benno von Archimboldi. El nombre resulta problemático por diversas razones. Para Bubis, su editor, Benno alude a Benito Mussolini, elección que resultaría errónea si lo que quería Reiter era no llamar la atención. Argumento ante el cual Archimboldi responde que Benno proviene de Benito Juárez, ocasión que le permite a Bubis explayarse en una enumeración erudita sobre tres Benitos, todos ellos santos de la iglesia. La baronesa von Zumpe, por su parte, encuentra que es «un nombre muy elegante» (p. 1102). Según Norton, la procedencia italiana del apellido no es coherente con el título nobiliario indicado en el *von*, además que los nombres masculinos en alemán terminan en consonante y no en vocal. La peculiaridad del nombre de Archimboldi es la antítesis de la idea de Azucena, según la cual: «Todos los nombres son comunes y corrientes, todos son vulgares. Llamarse Kelly o Llamarse Luz María en el fondo es lo mismo. Todos los nombres se desvanecen» (p. 820).

La fijación que tiene Bolaño por el nazismo puede sopesarse con la interpretación judía que realiza Roberto Brodsky, quien plantea que: «Bolaño es el judío, o el criptojudío si se quiere, de la literatura iberoamericana» (2019, p. 62). En efecto, fue en el diario del escritor judío Borís Ansky donde Reiter leyó por primera vez sobre el pintor milanés: «Giuseppe o Joseph o Josepho o Josephus Arcimboldo o Arcimboldi o Arcimboldus» (Bolaño, 2016, p. 989). Siguiendo la huella abierta por Brodsky, podría traerse a colación la distinción planteada por Benjamin entre la concepción burguesa del lenguaje que hace del nombre un «instrumento de la comunicación», que corresponde a la visión propuesta por Azucena, y otra espiritual en la que «el nombre es la esencia más interior del lenguaje» (2007, p. 148). En esta visión espiritual del lenguaje, el nombre es una huella de la divinidad, el destino de la persona. El poeta, el

escritor, al nombrarse a sí mismo, ejerce esta función espiritual, en la que su destino estaría condicionado dialécticamente por su obra creada. En su calidad de periodista, esta función cumple el pseudónimo de Oscar Fate que utiliza Quincy Williams (cfr. Zavala, p. 172).

Tanto Reiter como Navarrete utilizan en sus pseudónimos nombres de indígenas: en el caso de Archiboldi, Benito Juárez —de donde viene Benno—, fue hijo de indígenas zapotecas y su nombre sirvió para renombrar en 1888 a Ciudad de Juárez, en la que se basó Bolaño para la creación de Santa Teresa. El hecho de que Archiboldi viaje a Santa Teresa y allí se le pierda el rastro permite plantear que su nombre, el cual refiere a Benito Juárez y que a su vez nombra a la ciudad de los crímenes, se inscribe en la esfera espiritual del lenguaje. Ahora bien, si en el caso de Kilapán esta apropiación es trivial o refleja una identidad subjetiva, es algo que quedaría condicionado por las ideas estéticas que promueve su obra.

El fundamento racial del Estado nación chileno

Kilapán publicó *El origen griego de los araucanos* por los Talleres de la Editorial Universitaria en 1974. Tal como lo indica su título, allí postula que los mapuches fueron una colonia espartana con sangre aria que llegó a América entre los siglos VIII y VI a. C., que fundó Licurgo, y por eso eran altos, rubios y de ojos claros. Los elementos culturales oceánicos que poseen las culturas amerindias es aprovechado por Kilapán para establecer que los griegos fueron los primeros en descubrir el continente, quienes se instalaron a vivir en la Araucanía, entre los mismos grados de latitud de su lugar de origen, a saber entre los paralelos 36 y 40 de latitud norte y sur respectivamente. La colonización que provino de España a fines del siglo XV era en cualquier caso de ascendencia goda, al igual que la reina Isabel de Castilla, que aprobó el viaje de Colón. Finalmente, Kilapán realiza un ejercicio pseudo-filológico al derivar el mapudungún de raíces griegas, que representaría un 20% del total de la lengua. La ascendencia indogermana de los griegos que colonizaron la Araucanía y que enfrentaron a otro ejército proveniente de los godos —gestando una guerra que se extendió por más de tres siglos—, le permite a Kilapán justificar las virtudes políticas y guerreras de los mapuches debido al componente ario de su raza.

En lo que respecta a la categoría de raza —concepto criticado radicalmente por autores como Aimé Césaire, Frantz Fanon o Albert Memmi, quienes lo vinculan a la condición colonial—, Kilapán sería un epígono tardío de Pablo Palacios, quien en su libro *La raza chilena* de 1904, influido por el darwinismo social de Herbert Spencer, y autores como Taine, Gobineau y Le Bonn, proponía al roto como la unidad racial y fenotípica del chileno, nacida del mestizaje de dos razas patriarcales y guerreras: los godos y los araucanos. La base racial de la identidad nacional fue un problema ampliamente discutido a inicios del siglo XX, sumándose a Palacios otros autores como Julio Saavedra, Tancredo Pinochet y Roberto Hernández, todos proclives a buscar una síntesis virtuosa entre la cultura guerrera de los mapuches y la génesis goda de la colonización americana, a diferencia de los teóricos europeos, que veían el mestizaje como una corrupción y decadencia de la raza. Según Jorge Larraín, estas teorías biológicas tuvieron un resurgimiento durante la época de la dictadura militar, donde trabajos como la *Historia del Ejército de Chile* del Estado Mayor General del Ejército rescataron el rasgo guerrero de la composición racial chilena (2017, p. 145). En este contexto habría que situar la publicación de la tercera edición de *La raza chilena* de Palacios el año 1986 por la editorial Antival (la segunda fue en 1918) y la publicación de los libros de Kilapán por la Editorial Universitaria.

En *O'Higgins es araucano*, Kilapán propone implícitamente que el mestizaje racial godo y mapuche del héroe patrio es el fundamento del Estado nación chileno, encontrando en su figura un símbolo mítico de su fundación. El rasgo guerrero de la raza chilena es así una constante inmanente de la cultura nacional y el Estado, en donde criollos y mapuches se unieron en una misma causa contra el enemigo común venido de España y una vez conseguida la independencia nacional, los mapuches se integraron a la vida nacional en un proceso de mestizaje cuyas raíces se encontraban entrelazadas ya desde la colonia. Este trasfondo histórico respaldaría el lema de la armada chilena «vencedora y nunca vencida». Como consecuencia de esta interpretación, la hibridación entre las culturas criolla y mapuche habría sido un proceso natural de integración social que se aceleró con la independencia de Chile y se consolidó con la denominada «pacificación de la Araucanía», visión promovida por autores de prestigio dentro de la historiografía nacional, como el premio nacional de historia Sergio Villalobos (1995). La falta de correspondencia de los mapuches con los rasgos fenotípicos arios, negaría

la existencia de su pueblo, revelando el colonialismo de la teoría de Kilapán que los mitifica para clausurar su presente histórico.

El colonialismo interno, que es el proceso de colonización de los pueblos originarios llevado a cabo por los estados nacionales una vez que se independizaron del imperio español (González Casanueva, 2016), utiliza distintos mecanismos para validar la usurpación del territorio a los pueblos originarios. En el pasado fue la distinción entre civilización y barbarie, bajo el pretexto de la amenaza que significaba esta última para el progreso irrefrenable de la civilización. El discurso historiográfico conservador, por su parte, oculta el genocidio y la ocupación militar de la Araucanía, bajo la excusa que la cultura mapuche, en la versión de Villalobos, habría sido asimilada a la incipiente cultura nacional como resultado del progreso civilizatorio. En la versión de Kilapán, que supone esta asimilación, la raza chilena y su Estado son herederos de su tradición guerrera que se manifestaría históricamente con el golpe de Estado de 1973, que estableció en el poder a un régimen militar de facto que adquirió legalidad con la constitución de 1980, dos años después de publicado su libro sobre O'Higgins. El supuesto componente ario de la raza chilena, postulado por Kilapán, debe ser interpretado como un influjo nazi, pues si en el siglo XIX fue el concepto de raza articulado por la oposición entre civilización y barbarie aquel que permitió justificar el exterminio de los pueblos originarios, en el siglo XX fue el mismo concepto de raza el que utilizó el régimen totalitario de Hitler para clasificar a la población según su jerarquía biológica y dar inicio al holocausto tras la Conferencia de Wannsee el 10 de enero de 1942. Sin embargo, para la dictadura chilena no fue la raza sino la categoría de enemigo interno aquella que justificó el genocidio por medio de una guerra irregular donde la Armada sirvió a los intereses de clase de la oligarquía nacional. Aquí la raza tuvo una funcionalidad ad hoc a las diversas coyunturas políticas, como la instauración de un nacionalismo conservador basado en la religión católica y la familia tradicional, de rasgos blancos y de ascendencia europea. A esta compleja operación ideológica debe sumarse, por último, que el libro de Kilapán fue publicado en 1978, año en que la Junta Militar inauguró el Altar de la Patria en conmemoración del segundo centenario del natalicio de O'Higgins, ubicado en la Plaza Bulnes —hoy Plaza de la Ciudadanía—, trasladando allí sus restos y reivindicando su figura, quien había sido patrimonio histórico de la izquierda (Cfr. Guerrero y

Cárcamo). Así como O'Higgins liberó a Chile del colonialismo español, Pinochet, en su discurso, liberó a Chile del socialismo soviético.

Dicho esto, y volviendo a la cuestión del nombre, Lonko Kilapán no cumpliría solamente la función de encubrir a César Navarrete, sino que su operación creativa rebasaría los bordes de la dualidad arriba presentada entre la banalidad burguesa y el destino espiritual. La historiografía revela su elasticidad cuando los nombres son apropiados sin ninguna ética con la finalidad de hacer de la historia una novela fundacional basada en el romance privado que trastoca y confunde maliciosamente los hechos. Una tercera concepción del nombre sería, en esta línea, la del disfraz y la parodia que opera mediante su apropiación cultural. Sin embargo, el carácter siempre subversivo del carnaval —figura que consume Nicanor Parra en *Sermones y prédicas del Cristo del Elqui* de 1977, por ejemplo— queda en Kilapán ensombrecido por el contexto dictatorial en que se fragua, haciendo de él una broma siniestra. De ahí que Amalfitano en su segunda lectura del libro, en el contexto de los feminicidios de Santa Teresa, le produzca risa, pero a su vez melancolía.

La telepatía mapuche

Luego de haber analizado el «Prólogo» de José R. Pichuñual, Bolaño analiza las dos primeras pruebas del libro de Kilapán. La «Prueba 1. Nació en el Estado araucano» (Kilapán, 1978, pp. 10-14), que transcribe de manera fragmentaria (Bolaño, 2016, pp. 298-299), incluyendo algunas notas al pie, comienza situando una analogía geográfica entre el Estado griego y el «Estado mapuche»: «El Yekmonchi llamado Chile, geográfica y políticamente era igual al Estado griego y, como él, formando un delta entre los paralelos 35 al 42, latitud respectiva» (Kilapán, 1978, p. 10) (Figura 2). De ella concluye Amalfitano inmediatamente su «disposición militar» que sorprende al lector con «un recto al mentón o la descarga de toda la artillería sobre el centro de la línea enemiga» (Bolaño, 2016, p. 298). De la exposición resalta el lenguaje vernáculo, la mala conjugación de un verbo y la puntuación nerviosa, por medio de la adición innecesaria de comas que reproduce la cadencia del habla propia del chileno. Raúl Ruiz realiza un análisis similar donde resalta el carácter fracturado del habla basado en su sintaxis asombrosa (cfr. Villalobos-Ruminott, 2013, pp. 260-261).

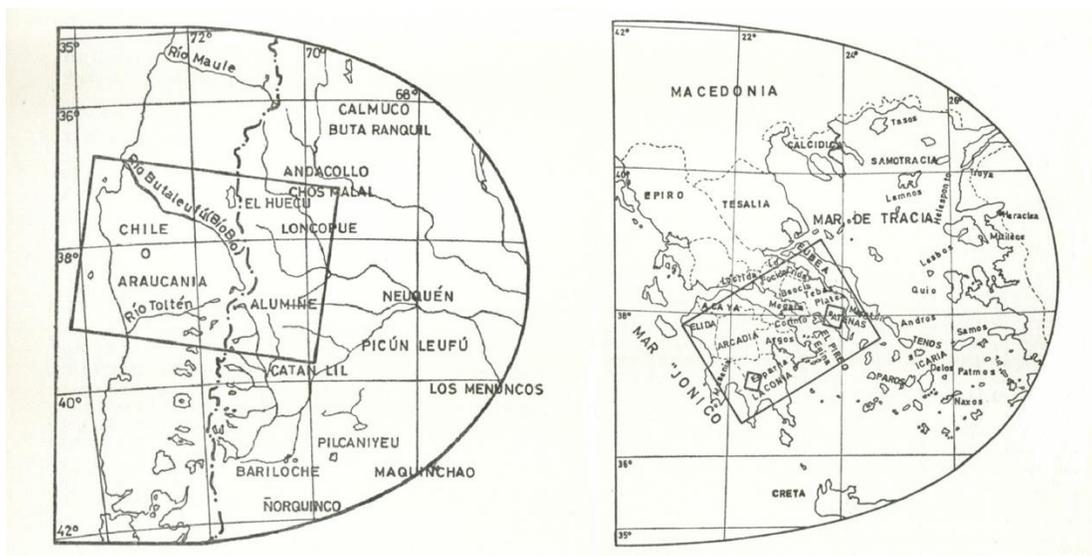


Figura 2. *O'Higgins es araucano*, pág. 22 - 23.

La «Prueba 2», titulada «Era hijo de mujer araucana» (Kilapán, 1978, pp. 15-16) era «la que más le interesaba a Amalfitano» (Bolaño, 2016, p. 303), que Bolaño transcribe íntegramente (pp. 303-304). Los primeros en emplear la parapsicología al servicio de la guerra —que según Kilapán fue usada durante la guerra fría entre los Estados Unidos y la URSS— fueron los mapuches (1974, p. 13). En esta prueba Kilapán postula que los mapuches establecieron dos vías de comunicación a la llegada de los españoles: la telepatía y el adkintuwe, que es la comunicación por medio del movimiento de las ramas de los árboles. Por el año 1700 los españoles recién descubrieron este sistema, aunque nunca pudieron traducirlo; por el contrario, nunca descubrieron la telepatía. Lautaro, por ejemplo, fue entregado a los españoles siendo niño, por sus excepcionales dotes telepáticas, permitiendo la derrota de Valdivia. En este contexto elabora Kilapán su teoría de la telepatía mapuche:

El hombre primitivo desconocía el lenguaje; se comunicaba por emisiones de la mente, como lo hacen los animales y las plantas. Cuando recurrió a los sonidos y a los gestos y a los movimientos de las manos para comunicarse, empezó a perder el don de la telepatía, lo que se acentuó al encerrarse en las ciudades alejándose de la naturaleza. Aunque los araucanos tenían dos clases de escritura, el Prom, con nudos hechos en cuerdas, y el Adentunemul, escritura en triángulos, jamás descuidaron la telecomunicación; muy al contrario, especializaron algunos Kúgas cuyas familias fueron repartidas por toda la América, islas del Pacífico y extremo sur, para que jamás un enemigo los cogiera de sorpresa. Por medio de la telepatía se mantuvieron siempre

en contacto con los emigrantes de Chile que primero se establecieron al norte de la India, donde fueron llamados arios, de ahí se dirigieron a los campos de la primitiva Germania para bajar después al Peloponeso, de donde viajaban hacia Chile, por el camino tradicional hacia la India y a través del océano Pacífico» (1978, pp. 15-16).

En el resto del capítulo citado Kilapán explica que la madre de Bernardo O'Higgins fue hija de una machi que tuvo que decidir entre sucederla en su cargo o bien convertirse en espía. Decidida por la segunda opción, le dio un hijo a Ambrosio O'Higgins, para que él, al igual que Lautaro, liberara al país de la corona española. Así fue como «en la primavera de año 1777» dio a luz a su hijo, soportando «de pie los dolores del parto, porque la tradición decía que no puede nacer un hijo fuerte de una mujer débil» (p. 16). A partir de este capítulo, Amalfitano deduce nueve ideas que cuestionan la verosimilitud del relato expuesto. Omito su enumeración, pues varias de ellas ya han sido abordadas arriba. La que me interesa es la última: «9: ¿se debía deducir de todo esto que Bernardo O'Higgins también era telépata? ¿Se debía deducir que el propio autor, Lonko Kilapán, era telépata? Pues sí, se debía deducir» (2016, pp. 305-306). La madre telépata de O'Higgins, doña Isabel Riquelme, comparte el mismo apellido con la madre de Amalfitano, Eugenia Riquelme, coincidencia que al notarla le dio un sobresalto y le puso los pelos de punta. La razón del sobresalto es clara: insinuar irónicamente que la locura de Amalfitano sería en verdad una facultad telepática. Bolaño, sin embargo, pasa por alto el error grosero de Kilapán al situar el nacimiento de O'Higgins en 1777 en vez de 1778, hecho que denota la ignorancia supina del biógrafo o bien unos dotes humorísticos difíciles de entender. Además, está la operación subrepticia de Kilapán que refracta las causas de los hechos históricos, pues la independencia de Chile que lideró O'Higgins no implicó la liberación del pueblo nación mapuche; al contrario, sentó las bases para la posterior invasión militar de su territorio y esa fue la razón por la que distintos jefes mapuches formaron alianzas con los realistas durante la guerra de independencia (1812-1826).

En la novela de Bolaño, la visión y la audición más allá de los sentidos es uno de los rasgos que enlaza su trama con el misterio. Así como el enigma de los crímenes carece de solución, hay una serie de fenómenos irracionales, como la misma locura de Amalfitano, que buscan producir una atmósfera de irrealidad en torno a ellos. En primer lugar —y el caso emblemático— sería el trance que tiene Florita Almada en el programa *Una hora con Reinaldo*, que parece evocar al programa radial *La voz del Sinchi en Pantaleón y las visitadoras*. Allí, antes de caer en trance

y denunciar los asesinatos que están ocurriendo en Santa Teresa, Florita dice que: «Veía cosas que nadie más veía. Oía cosas que nadie más oía» (2016, p. 577). El suceso tiene la peculiaridad de estar mediado por el televisor en el cual está siendo transmitido el programa, como bien ha destacado Olivier (2015, p. 98), escena que tiene reminiscencias del cine de Lynch o Cronenberg y que desacraliza la videncia preconizada anteriormente por Rimbaud (p. 99). Esta facultad de la vidente es descartada de plano por el periodista Sergio González, a quien le parece «una charlatana de buen corazón» (Bolaño, 2016, p. 775). Otro es el caso de la diputada Azucena Esquivel, que en medio de la desesperación empezó a oír voces que venían del desierto. La ceguera es otro elemento que se relaciona a la videncia, pues la madre de Florita era ciega y la madre de Reiter era tuerta. El propio Archimboldi tenía, según el Cerdo, «los ojos de un ciego» (p. 180) y una de sus novelas, *La ciega*, anuda ceguera y videncia, ya que «trataba sobre una ciega que no sabía que era ciega y sobre unos detectives videntes que no sabían que eran videntes» (p. 1152). Por último, está la imagen infantil de Lotte, que veía a su hermano mayor como un gigante, y luego el delirio que tiene Haals tras ser detenido en 1995, donde alucina con un gigante que viene en su rescate, como una premonición del viaje de Archimboldi a Santa Teresa para ayudarlo en su proceso judicial seis años después. Esta premonición de Haals puede ser complementada con el sueño que tiene Pelletier hacia el final de *La parte de los críticos*, donde vacaciona en unas islas griegas y allí conoce a un niño que bucea todo el día. Sueño que coincide con dos hechos biográficos de Archimboldi: su pasión por el buceo cuando era niño; y su estancia en Icaria, isla en la que escribió cinco novelas.

La palabra «telepatía» está compuesta por un oxímoron, que significa sentir a la distancia, pero en la práctica refiere a la comunicación extrasensorial. Teniendo como antecedentes el mesmerismo y el espiritismo, la telepatía nació en el seno del X Club, fundado en 1864 en Londres, por seis ingenieros, que comulgaban con el naturalismo científico. La profusa discusión que produjo su cuestionada validez terminó bajo el umbral requerido para considerarla un objeto de estudio científico. Sin embargo, otra era la realidad que ocurría fuera de la metrópolis, en los márgenes del imperio, donde según Roger Luckhurst (2007) sí se aceptó la existencia de fenómenos psíquicos como la clarividencia, atribuidos a las tradiciones ocultas de los pueblos primitivos y que fueron incorporados al imaginario imperial por autores como Rudyard Kipling y Brad Stoker. Charles Bray, por ejemplo, atribuyó al uso de la telegrafía

mental la antelación de las acciones subversivas durante el motín de 1857 en la India (Cfr. Luckhurst, 2007, p. 158).

Estando la investigación de Luckhurst sobre la telepatía ceñida a la época victoriana, Kilapán trasladaría, anacrónicamente, la misma proyección colonialista inglesa al pueblo mapuche para explicar su resistencia durante tres siglos por medio de un recurso literario perteneciente a la ciencia ficción, dándole a este género una versión étnica. Ambiguamente, Bolaño echa mano al mismo recurso en *2666*, cuyo subtítulo en la portada de la libreta granate del Archivador nº 10 es —*a non science fiction novel*— (2666, p. 1224), con la finalidad de crear una atmósfera de misterio e irrealidad en la frontera sur de los Estados Unidos, que se materializa en los crímenes de Santa Teresa.

Kilapán, autor canónico de la post-dictadura

Una vez que Amalfitano realiza las nueve deducciones del capítulo referido, en base a la información de la página de créditos, que contiene el nombre del autor, la inscripción legal y el lugar de impresión (figura 3), elucubra el contexto en que fue publicado: «Se podía ver, por ejemplo, la fecha de edición del libro, 1978, es decir, en plena dictadura militar, y deducir la atmósfera de triunfo, de soledad y de miedo en que se editó» (Bolaño, 2016, p. 306). Entonces imagina a un señor de rasgos aindiados, «medio loco, pero discreto», que concurre al taller de impresión de la Editorial Universitaria «sita en San Francisco, número 454, en Santiago» para solicitar la impresión del libro, quien se presenta con todas sus credenciales, pero tras conocer el precio pide una «rebajita», que no pueden rechazar pues el negocio tampoco anda muy bien. Entonces Kilapán se compromete a traer dos libros más «totalmente terminados y corregidos» (p. 306). Estos libros serían *Leyendas araucanas y leyendas griegas* y *Origen del hombre americano y parentesco entre araucanos, arios, germanos primitivos y griegos*, que Bolaño extrajo del paratexto correspondiente a la última página del libro, donde se enumeran las «obras del mismo autor» (Kilapán, 1978, p. 61) (Figura 4), que nunca llegaron a publicarse, y omitiendo la publicación anterior de Kilapán en la editorial (*El origen griego de los araucanos* de 1974). Esta escena ha sido interpretada por Felipe Ríos como consecuencia del «apagón cultural» que sufrió el país (2013, p. 69), careciendo esta recreación, según él, de verosimilitud.

Sin querer juzgar su apego a la realidad, resulta significativo considerar la forma en que Bolaño ficcionaliza una situación prosaica a partir del paratexto de la obra, en la que utiliza incluso la dirección del taller de impresión de la editorial —estrategia a la que recurre profusamente en «La parte de los crímenes»— con el propósito de inscribir la trama en la estética del archivo, pero también para cartografiar minuciosamente su territorio. Esta escena, que tiene a la dictadura de telón de fondo, viene a llenar también, aunque imaginariamente, el misterio de cómo se gestó la publicación de *Kilapán* por la Editorial Universitaria.

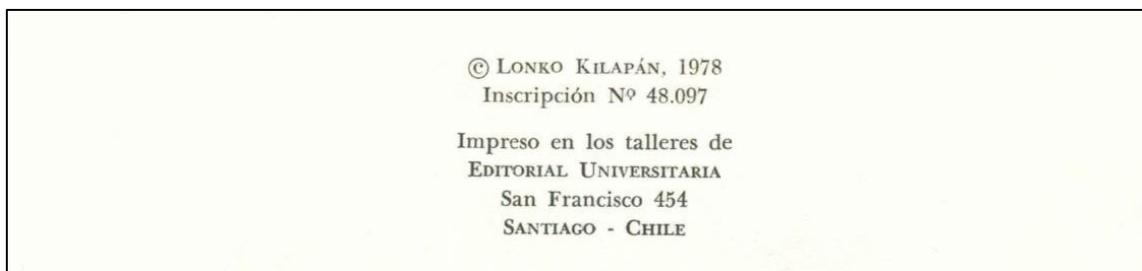


Figura 3. *O'Higgins es araucano*, copywrite y créditos edición 1978.

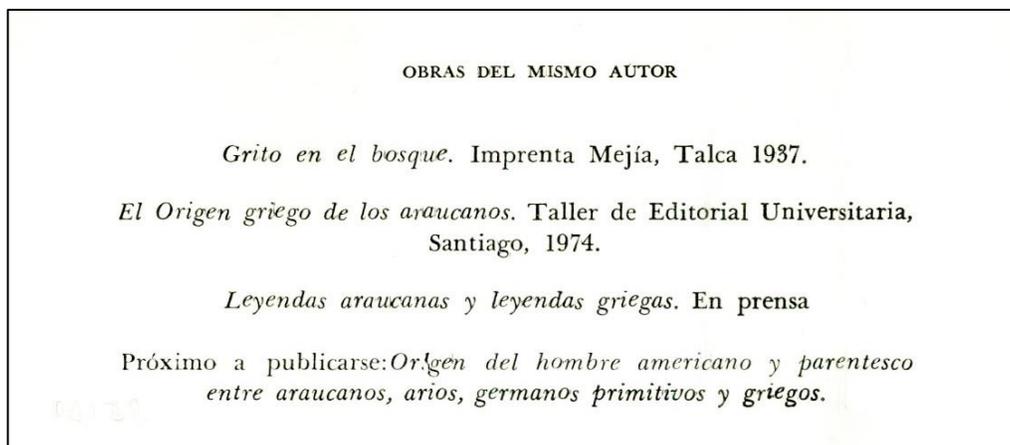
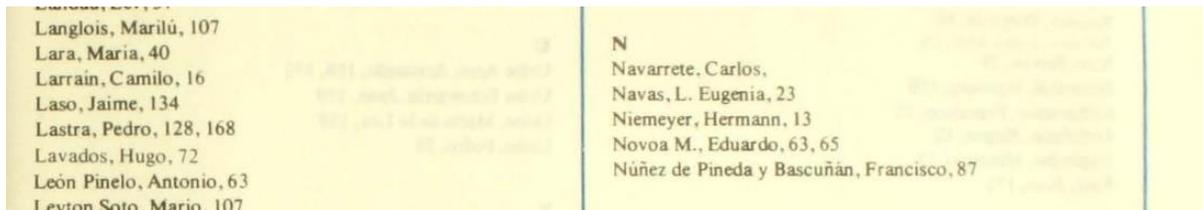


Figura 4. *O'Higgins es araucano*, obras del mismo autor.

En efecto, considerando que el primer libro que publicó Kilapán con la Editorial Universitaria fue en 1974, en el *Catálogo General 1974-1975* no hay ninguna referencia a Kilapán en el índice de autores; tampoco aparece como Quilapán, Lonko o Navarrete. Aparece, no obstante, en el índice de autores del *Catálogo General* de 1980, pero como «Navarrete, Carlos» (Editorial Universitaria, 1980, p. 191) (Figura 5), en vez de César. Ahora bien, esta es la única entrada

que carece de página, por lo que se reconoce como autor publicado por la editorial, pero sus libros parecen fantasmas condenados al limbo del catálogo, sobre todo si se considera que para esa fecha Kilapán tenía a su haber dos libros publicados por la casa editora.



Langlois, Marilú, 107	
Lara, María, 40	
Larrain, Camilo, 16	
Laso, Jaime, 134	
Lastra, Pedro, 128, 168	
Lavados, Hugo, 72	
León Pinelo, Antonio, 63	
Levton Soto, Mario, 107	
	N
	Navarrete, Carlos,
	Navas, L. Eugenia, 23
	Niemeyer, Hermann, 13
	Novoa M., Eduardo, 63, 65
	Núñez de Pineda y Bascuñán, Francisco, 87

Figura 5. Editorial Universitaria Catálogo general 1980, pág. 191.

Hacia el final del análisis de Amalfitano, se encuentra la que sería su tesis: que Kilapán es el autor canónico de la post-dictadura. A esta conclusión llega por medio de una lectura crítica que desmonta la operación literaria e ideológica propuesta por el autor:

Y así como el libro empezaba con un recto a la mandíbula (el Yekmonchi llamado Chile, geográfica y políticamente era igual al Estado griego), el lector activo preconizado por Cortázar podía empezar la lectura con una patada en los testículos del autor y ver de inmediato en éste a un hombre de paja, un factótum al servicio de algún coronel de Inteligencia, o tal vez de algún general con ínfulas de intelectual, lo que tampoco, tratándose de Chile, era muy raro, más bien lo raro hubiera sido lo contrario... (Bolaño, 2016, p. 307)

Lo relevante del análisis consiste en que la interpretación agonística que hace Kilapán de la raza y el Estado chileno es trasladada al plano de la lectura. Es decir, habría una violencia que ejerce el libro, no en su contenido, sino en la operación que articula lo mítico y lo histórico en el plano lingüístico, por el que la novela cumpliría su rol de ocultar su condición de tal, descubriendo de esta forma su carácter ideológico puesto al servicio del poder de facto. Esta servidumbre de la literatura al poder político, que ilustra por medio de «un gancho al mentón», Amalfitano resuelve responderla por medio de «una patada a los testículos del autor», que lo lleva cuestionar su identidad y ver en él «un hombre de paja, un factótum», que seguramente esconde a un oficial de la Armada, al dictador Pinochet o un presidente de la república:

Todo falso. Todo inexistente. Kilapán, bajo este prisma, pensó Amalfitano [...], bien podía ser un *nom de plume* de Pinochet, de los largos insomnios de Pinochet o de sus fructuosas madrugadas, cuando se levantaba a las seis de la mañana o a las cinco y media y tras ducharse y hacer un poco de ejercicio se encerraba en su biblioteca a repasar las injurias internacionales, a meditar en la mala fama de que gozaba Chile en el extranjero. Pero no había que hacerse demasiadas ilusiones. La prosa de Kilapán, sin duda, podía ser la de Pinochet. Pero también podía ser la de Aylwin o la de Lagos. La prosa de Kilapán podía ser la de Frei (lo que ya era mucho decir) o la de cualquier neofascista de la derecha. En la prosa de Lonko Kilapán no sólo cabían todos los estilos de Chile sino también todas las tendencias políticas, desde los conservadores hasta los comunistas, desde los nuevos liberales hasta los viejos sobrevivientes del MIR. Kilapán era el lujo del castellano hablado y escrito en Chile, en sus fraseos aparecía no sólo la nariz apergaminada del abate Molina, sino las carnicerías de Patricio Lynch, los interminables naufragios de la Esmeralda, el desierto de Atacama y las vacas pastando, las becas Guggenheim, los políticos socialistas alabando la política económica de la dictadura militar, las esquinas donde se vendían sopaipillas fritas, el mote con huesillos, el fantasma del muro de Berlín que ondeaba en las inmóviles banderas rojas, los maltratos familiares, las putas de buen corazón, las casas baratas, lo que en Chile llamaban resentimiento y que Amalfitano llamaba locura (pp. 307-308).

La operación ideológica de Kilapán de justificar la dictadura de Pinochet sería la base que le permite a Bolaño postularlo como el verdadero autor tras su pseudónimo. La hipótesis se basa en el complejo intelectual que acompañó toda la carrera militar del dictador, sus problemas de dicción, su afición por la historia y su producción académica, marcada por el plagio y su bajo rigor científico (Peña, 2015). Todos estos elementos los utilizó Bolaño para el retrato del dictador hecho en *Nocturno de Chile*. Sin embargo, la prosa de Kilapán puede encubrir también a cualquiera de los tres primeros presidentes de la post-dictadura: Aylwin, Frei o Lagos. En el caso de Lagos, su autoría no sería tan descabellada considerando su carrera académica. Pero estas hipótesis no son más que un trampolín para postular que: 1) la transición pactada significó una democracia restringida que continuó la doctrina económica neoliberal impuesta por la constitución de 1980: «los políticos socialistas alabando la política económica de la dictadura militar». Y 2) que la mascarada de Kilapán es una metáfora de la democracia restringida, y la impunidad consolidada por Aylwin, convirtiéndolo en su autor canónico, en cuyos fraseos reverberan la idiosincrasia, el paisaje y la historia nacional, con sus carnicerías y derrotas.

Felipe Ríos propone una lectura anticanónica de Bolaño a partir de todos los elementos marginales con los que construye su literatura, tanto desde las estrategias anti-institucionales,

como los géneros con los que trabaja, «construyéndose como un puro *margen*, sin *centro* alguno» (2013, p. 243). Esta tesis resulta problemática, pues toda «La parte de los críticos» puede ser leída como la alegoría de la canonización institucional de Archimboldi, en donde el valor articulador del centro canónico queda omitido, dada la elipsis de su obra, por lo que aparece el andamiaje institucional y editorial que lo soporta. Dicho esto, se podría afirmar que para Bolaño no hay canon sino canonización. Sin desconocer la reivindicación que hace Bolaño de autores nacionales que admira —como Parra, Lihn o Lemebel— es factible reconocer en esta canonización de un autor marginal la apuesta por darle una representación estética a la traición política y al simulacro democrático de los gobiernos de la post-dictadura.

Conclusión

Dada la nula recepción académica que ha tenido Lonko Kilapán, resulta complejo saber cómo fue que se fraguó su publicación por la Editorial Universitaria. Aunque sus tres libros publicados entre 1974 y 1987 abarcan prácticamente la extensión de la dictadura, no creo que haya sido una mera marioneta, ya que Kilapán trabajaba en su teoría racial y telepática desde los años sesenta, mucho antes del golpe de Estado. Tampoco se podría decir que la recreación que hace Bolaño de su publicación carezca de apego a lo verosímil o que era César Navarrete y no Pinochet quien se ocultaba tras su *nom de plume*, puesto que lo que él hace es una interpretación literaria de un fenómeno editorial que le permite poner en correspondencia intertextualmente tres genocidios: el mapuche y el de la dictadura militar, ambos por medio de una elipsis, con el de las mujeres en Ciudad Juárez, modulado cada uno de ellos por las categorías de raza, clase y género que los definen correspondientemente. Lo que sí se podría columbrar sobre su publicación es que su teoría probablemente fue vista con buenos ojos por algún funcionario de la dictadura y simplemente Kilapán fue útil en cuanto reivindicó el golpe de Estado desde una perspectiva racial, sin tampoco haber recibido un respaldo oficial de ningún tipo, ni habiendo caído tampoco en la mera propaganda, ya que no hay en su obra una sola mención a la situación política de su época. Su operación estética, por lo tanto, si bien está llena de inexactitudes y tergiversaciones, cuando no mentiras y anacronismos, reviste una complejidad que resulta atractiva al análisis crítico.

Es probable que sea la interpretación subjetivista de la locura de Amalfitano aquello que solapa la importancia de Kilapán en esta parte de la novela, dado que su canonización es deliberada y cuenta con otro antecedente, esta vez expuesto por Bolaño en su crónica «Un pasillo sin salida aparente» recogido en *Entre Paréntesis*, donde narra la infortunada cena que compartió con Diamela Eltit y su esposo Jorge Arrate, entonces ministro del gobierno de Frei en 1999. Al final del texto, como un epílogo sobre el matrimonio entre el poder y la literatura que se hacía manifiesto en la pareja, Bolaño relata la historia de Mariana Callejas y las tertulias literarias que se celebraban en su casa de Lo Curro con lo más selecto de la intelectualidad chilena, en noches de toque de queda y mientras se torturaban personas en el sótano de la casa (2006, pp. 77-78); escena que luego Bolaño amplió en *Nocturno de Chile*. Esta situación sería para Bolaño el precedente histórico de la alianza entre literatura y política durante los gobiernos de la post-dictadura con la pareja Eltit-Arrate. Este maridaje, entre política y literatura se remonta en cualquier caso al poema escrito por Neruda a Stalin, tradición que se extiende hasta Zurita, que escribió un poema dedicado a Lagos.

La continuación y profundización del modelo económico de Pinochet por los gobiernos de la Concertación en los 90 —sobre la base de la impunidad de los crímenes de lesa humanidad— le permite a Amalfitano proponer a Kilapán como el autor canónico de la literatura chilena reciente, al hacer del fiasco, la trampa y la mascarada elementos esenciales de su literatura, de la misma forma que lo fueron de la democracia restringida. Esta lectura, a más de veinticinco años de la publicación póstuma de *2666*, vista en retrospectiva y a la luz de la insurgencia popular de octubre de 2019, resulta lúcida y actual.

Bibliografía

- Andrews, C. (2018). Roberto Bolaño. Un universo en expansión. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales.
- Bengoa, J. (2008). Historia del pueblo mapuche. Siglos XIX y XX. Santiago de Chile: Lom.
- Benjamin, W. (2007). «Sobre el lenguaje en cuanto tal y el lenguaje humano». En Obras. Libro II / vol. 1. Madrid: Abada. 144-62.
- Bisama, Á. (2013). El libro de los hechos condenados. Página 12. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/subnotas/9048-2022-2013-08-11.html>
- Bolaño, R. (2006). Entre paréntesis. Ensayos, artículos y discursos (1998-2003). Barcelona: Anagrama. Compactos.
- (2016). 2666. Navarra: Alfaguara.
- (2018). Los sinsabores del verdadero policía. Barcelona: Debolsillo.
- Brodsky, R. (2019). Adiós a Bolaño. Santiago de Querétaro: Rialta.
- Coppola Palacios, P. (2010). La memoria como situación literaria, a propósito del personaje Óscar Amalfitano en la novela 2666 de Roberto Bolaño. Castalia, (17). 77-83. Recuperado de: <http://bibliotecadigital.academia.cl/bitstream/handle/123456789/2927/77-83.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Editorial Universitaria. (1980) Catálogo General 1980. Recuperado de: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:56133>
- Fernández Ferrer, A. (2009). Ficciones de Borges. En las galerías del laberinto. Madrid: Cátedra.
- González Casanueva, P. (2016). «Colonialismo interno». En De la sociología del poder a la sociología de la explotación. Pensar América Latina en el siglo XXI. Buenos Aires: Siglo XXI. Pp. 129-56.
- Guerrero, C. y Cárcamo. (2013). Bernardo O'Higgins entre izquierda y derecha. Su figura y legado en Chile: 1970-2008. Cuadernos de Historia (39). 113-146.
- Kilapán, L. (1974). El origen griego de los araucanos. Santiago de Chile. Editorial Universitaria. (1978). O'Higgins es araucano. 17 pruebas, tomadas de la Historia Secreta de la Araucanía. Santiago de Chile. Editorial Universitaria.
- Larraín, J. (2017). Identidad chilena. Santiago de Chile. Lom.

- Luckhurst, R. (2007). *The invention of telepathia. 1870-1901*. Oxford: Oxford University Press.
- Olivier, F. (2015). *Poesía + novela = Poesía. La apuesta de Roberto Bolaño*. Xalapa: Universidad Veracruzana.
- Pauls, A. (2008). «La solución Bolaño» en Paz Soldán, E. y Faverón (Eds.). *Bolaño salvaje*. (pp. 338-51). Barcelona: Candaya.
- Peña, J. C. (2015). *La secreta vida literaria de Augusto Pinochet*. Santiago de Chile: Debolsillo.
- Rafide, M. (1984). *Diccionario de autores de la región del Maule*. Talca: Delta.
- Ríos Baeza, F. (2013). *Roberto Bolaño. Una narrativa en el margen*. Valencia: Tirant humanidades.
- Rodríguez, F. (2015). *Roberto Bolaño: el investigador desvelado*. Madrid: Verbum.
- Salas Camus, P. (2016). *2666: en busca de la totalidad perdida* (Tesis doctoral). University of Pittsburgh: Pittsburgh.
- Salazar, G. (2006). *Ser niño «huacho» en la historia de Chile (Siglo XIX)*. Santiago de Chile: Lom.
- Saucedo, F. (2015). *México en la obra de Roberto Bolaño. Memoria y territorio*. Madrid: Iberoamericana.
- Sommer, D. (2007). *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Villalobos, S. (1995). *Vida fronteriza en la Araucanía. El mito de la guerra de Arauco*. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Villalobos-Ruminott, S. (2013). *Soberanías en suspenso. Imaginación y violencia en América Latina*. La Cebra. Buenos Aires.
- Zavala, O. (2015). *Una modernidad insufrible. Roberto Bolaño en los límites de la literatura latinoamericana contemporánea*. University of North Carolina.